

El Hermes Báquico de Sagunto

por SANTIAGO BRU Y VIDAL

*Académico Correspondiente de la
Real Academia de la Historia.*

Sagunto y las tierras de su término han dado en numerosas ocasiones muestras arqueológicas de todo tipo. Tantos y tan variados han sido los hallazgos desde que tenemos noticia escrita de los mismos —y ya son varios siglos de noticias casi ininterrumpidas— que, si se conservase solamente una décima parte de lo encontrado, podríamos poseer uno de los museos más copiosamente dotados de España.

En diferentes ocasiones, también, autores diversos han dado a conocer muchos de estos restos que la casualidad o la rebusca intencionada han hecho aparecer en los más diferentes lugares del área saguntina. Otros se han limitado a repetir lo dicho por sus antecesores, incidiendo, sobre todo, en aquellas obras que suponían de mayor mérito o cuya espectacularidad las hizo más notorias.

Sin embargo, determinadas piezas arqueológicas de Sagunto son poco conocidas y de otras apenas hay unos pocos especialistas que tengan los suficientes datos para su perfecto conocimiento. Entre las primeras hay una preciosa muestra escultórica que, inexplicablemente, permaneció inédita durante muchos años hasta hace unos pocos en que fue publicada por mí (A. P. L. VII. Valencia, 1958, pp. 169 ss., Lám. IV, 1-2). Naturalmente, al conceptuarla como inédita me refiero a revistas científicas y especializadas, así como a repertorios, catálogos y otras publicaciones de tipo similar.

La pieza en cuestión es un **hermes** báquico, conservando actualmente en el Museo Arqueológico de Sagunto, cuyo hallazgo casual tuvo lugar el día 15 de enero de 1933 en un huerto propiedad de don Mariano Condomina al realizar unas labores de desfonde. Este huerto está situado en la vertiente N. E. de un montículo muy conocido por los saguntinos, el «**Cabeçolet**», ubicado en la partida de Montiver, cuyos hallazgos «in situ» y la abundancia de piezas sueltas allí aparecidas le convierten en lugar de primer orden para la reconstrucción arqueohistórica de la vida saguntina durante más de dos milenios.

El **hermes** saguntino es un bello ejemplar de mármol blanco al que el tiempo ha dado una pátina amarillenta. Está en buen estado de conservación, aunque tiene ligerísimas mutilaciones en el tocado, la ceja izquierda y la nariz, deficiencias que se produjeron a consecuencia del hallazgo, al golpearla la reja del arado con que se realizaban unas labores profundas, trabajos estos que motivaron el descubrimiento. En principio estuvo guardado en casa del Conserje del Teatro Romano don Mariano Gómez Nadal, quien lo unió a la colección epigráfica y escultórica que se conservaba en el mencionado monumento. De allí entró a formar parte de los fondos del actual Museo Arqueológico de la ciudad, en una de cuyas vitrinas puede ser admirado.



Las dimensiones del **hermes** son: altura total, 25'4 cm.; altura desde la cúspide de la cabeza al final de la barba, 21'5 cm.; cm.; anchura de la cabeza, 16 cm.; anchura del pedestal que le sirven de base, 15'5 cm.

Durante mucho tiempo se dio a esta pieza la denominación vulgar de **el Sileno**, tal vez por asociar los adornos de la testa del **hermes** con la diadema de yedra y las flores que suelen llevar las representaciones de Sileno, sátiro de expresión bestial y orejas caballunas que pertenecía a la **thiasa** o asociación religiosa de Dionysos y suele aparecer incluso con atributo ver con esta divinidad y con sus butos báquicos, pero que no tiene nada diversa representaciones figuradas. Otras denominaciones que se le han que-

rido dar al **hermes** de Sagunto son, igualmente, desacertadas.

En realidad esta escultura saguntina representa al Dionysos de los griegos o Baccus de los romanos, concebido como busto, barbudo y en edad madura, con larga barba rizada recogida en seis bucles que guardan una regular simetría y bigote rizado en forma de ganchos perfectos. El pelo, en su parte alta, está representado por surcos y partido en raya, cayendo a derecha e izquierda en forma de trenzas cortas que llegan a la altura de los pómulos y por detrás parecen estar figurados unos ligeros mechones ondulados. En el tratamiento del pelo, sobre todo en las trenzas y mechones del mismo, así como en la barba, se advierte claramente la utilización del trépano. So-

bre la cabeza lleva ceñida una corona de hiedra y frutos en corimbo. Su nariz, recta y de corte clásico, está un poco deteriorada a la altura del caballete nasal, a consecuencia del golpe recibido en el momento del hallazgo. Su hallazgo. Su frente es lisa. Su boca está formada por labios algo pronunciados y se halla cerrada indicando reposo, lo mismo que el resto de las facciones. Los ojos no tienen figurado el iris en las pupilas, siendo éstas lisas. Tiene cuello, con separación perfecta de cabeza y tronco, cosa no muy frecuente, ya que en la mayor parte de los hermes conocidos, la cabeza y el busto forman una continuidad que les confiere un aire pesado. La figura es completamente llana por detrás, con un ligero reborde de arriba a hacia abajo y hacia su costado izquierdo. Su especial configuración parece indicar que se trataría de una pieza de aplique.

Como es bien sabido, la evolución del hermes es lenta y larga pues comenzó por ser una simple señalización pétreo —en principio fueron piedras sencillas y sin arte alguno— de caminos y lugares sagrados en la antigua Grecia; más tarde se convierte en una representación fálica que recibía especial adoración en algunos lugares, añadiéndose con el tiempo y poco a poco en la parte superior del monolito fálico figuraciones de tipo humano (hasta representar al dios Hermes, de donde parece partir el nombre); otra etapa supone la separación de la representación hermaica, sin brazos ni cuerpo, del pedestal que le servía de soporte, hasta llegar a las representaciones completamente exentas. Los romanos perfeccionaron la técnica y hasta el significado —

igualmente el tamaño, que fue reduciéndose—, produciendo tales obras desde los tiempos republicanos a los imperiales con diversos fines, entre los que cabe destacar los puramente ornamentales en edificios públicos y privados —tal como ya existió en Grecia—, tanto formando parte de la misma estructura arquitectónica como colocándolos exentos sobre sencillos soportes y columnillas de piedra.

El **hermes** báquico de Sagunto es de época plenamente romana y concretamente de tiempos del Imperio. Su arte, de estilo y tipo arcaizante, muestra que es obra de un buen escultor de los siglos I al II de la Era Cristiana. En opinión del profesor A. Balil (**AEArq.** XXXV. Madrid, 1962, p.151) el **hermes** saguntino es «obra de un taller provincial, quizá local» y su tipo está muy próximo a uno conservado en los almacenes del Museo Vaticano. Lo que no es de extrañar, dado el tradicional uniformismo del arte romano y la extensión de este tipo de esculturas en todo el ámbito romanizado.

Nuestra escultura —que es una de las más bellas entre las halladas en territorio peninsular— guarda semejanza también con algunos de los hermes báquicos encontrados en España (del mismo Sagunto se conocen, además, dos fragmentos de la parte inferior de otras tantas esculturas semejantes) y conservados en diferentes museos como los de Córdoba, Murcia, Barcelona, Ampurias, Arqueológico Nacional, de la Real Academia de la Historia, etc. Aunque el **hermes** de Sagunto me parece de un arte mucho más logrado que el resto de sus «hermanos» conocidos a lo largo y a lo ancho de la geografía hispana.